

JOSE LORETO

(Recuerdo de un mes de Enero)³

Paula CONTRERAS



Se llamaba José Loreto; tenía unos grandes ojos negros de miradas preguntonas, y estaba milagrosamente gordito; por eso me hacía tanta gracia al andar y le buscaba las risas para

ver aquellos hoyitos que se le forzaban en los carrillos. Muchas veces he pensado en él; han pasado más de veinte años; tal vez ya no exista, o ¡quién sabe si será un hombre alto, flaco y arisco como su padre!

No usaba calzado y sus pies pequeños y regordetes



eran suaves a pesar de chocar con las aristas agresivas de las piedras oscuras que solaban las calles; unos pantaloncillos cortos y una blusilla transparente eran su traje: los cabellos revueltos y rizosos, la carita cándida y feliz, el vestido ralo, las piernas hermosas y los pies tan suaves, me parecía una estatuilla, un amorcillo que hubiera tomado vida. Por algún sitio tendré el retrato de José Loreto: sentado sobre una piedra de granito que teníamos en el jardín a modo de artístico canapé; el suelo estaba

materialmente cubierto de manzanilla en flor, y los *piesecillos* jugaban al escondite; en la pared, el



dibujo en sombras de la silueta agazapada de una higuera —«Mírame José Loreto... — le había dicho yo.» — Se rió dichoso y me envió mil besos con sus ojazos... Rápidamente compuso una postura adecuada para un retrato: las manitas en las rodillas... Todo es risa en la imagen del pequeño: sus ojos, su boca, los hoyuelos traviosos de su carita y aquellos otros de las manos...; risas, risas...; reían sus manos y jugueteaban sus pies con las florecillas gualdas.

José Loreto era un niño feliz, creía yo... ¡ojalá no hubiera intentado averiguarlo, así, al ver su imagen en la pequeña cartulina que conservo, su recuerdo sería una pincelada de color y alegría. Era feliz, ciertamente; es ahora, si vive, cuando no lo será, como no lo fue su padre.

Guardo una libreta de abundantes hojas; es un diario, que no sé cómo llamarlo: social,



religioso, pedagógico... Cuando lo abro, se me agolpan los recuerdos en tumulto, y me pongo alegre y triste y la imagen de José Loreto, imprime su policromía en mi cerebro, y resuena su voz y su risa infantil...

³ Puerto Real, enero, 1952 (Publicado en la revista Madrigal)

De José Loreto sólo hubiera guardado el bello recuerdo de su felicidad; pero el querer hacer aquellos apuntes, fue la causa de que todo cambiara: de José Loreto me acuerdo siempre que veo a un niño de su edad, feliz o desgraciado... Porque en la libreta estampé unas líneas que me atormentan muchas veces; es un diálogo corto, que copio ahora:



«Han amanecido las calles blancas de nieve; finaliza el mes de Enero; José Loreto ha entrado dando saltos y se sacude la nieve salpicando a los compañeros que ríen alborozados Me he estremecido de frío. —A ver, José Loreto, dame las manos»— y las retengo entre las mías; las de él están calientes, ¿cómo puede ser así? —¿Te levantas ahora, José Loreto?» —«Si...» —«¿Has dormido muy calentito?» —«Si... —y abre sus ojazos, que no pueden aguantar su alegría— esta noche he dormido encima de una



estera, con la chaqueta de mi padre...» —«Pero, ¿dónde duermes...?» —«Dentro

de una alacena ¡más calentito...! — No he contestado; no he podido hablar: José Loreto mira extrañado y confuso las lágrimas que corren por mis mejillas...»

Hasta aquí del diario.

Luego conocí a los padres, y vi aquella alacena que albergaba por las noches a la esculturita humana... —«Mientras sea pequeño»— había dicho la madre. El

padre no habló; tendría unos treinta y cinco años, alto y flaco... Elogié la belleza de José Loreto, y alabé a Dios que lo conservaba sano y hermoso... — «Pues mire usted, su padre era igual... — y me mostró una cartulina amarillenta; se parecían los dos: exactamente iguales: los hoyuelos en las mejillas, la boca entreabierta, los ojazos parloteando venturas... No quise volver a mirar al padre: sentí miedo de la tristeza abrumadora de aquellos ojos que miraban indiferentes, al hijo, a la alacena, a la esposa, al cielo... sentí una inmensa congoja y no sabía que decir...; cuando salía de la casa, aun escuchaba la voz que decía refiriéndose a la mágica alacena y al niño: «Mientras sea pequeño...»

¡Mientras sea pequeño! ... Mientras sea pequeño conservará candor, felicidad, ilusiones, ensueños...



¡Dios mío! ¿se cambiarán los ojazos parlanchines y reidores, como esos otros silenciosos y atrozmente sombríos de su padre.?

«¡Canta, ríe y goza, José Loreto, mientras seas pequeño! anoté yo en mi diario; pero la pregunta me acosa siempre que veo a un niño de aquella edad: «¿Vivirá José Loreto...? ¿Y cómo serán sus ojos?»

